

Carlos Monsiváis
Para un cuadro de costumbres
De cultura y vida cotidiana en los ochentas

Los temas y los cambios son innumerables. En veinte años, la sociedad mexicana ha contraído nuevos hábitos, ha profundizado sus abismos de injusticia y desigualdad, ha renunciado a muchas expresiones nacionalistas, se "americaniza" y se "desamericaniza" en acción simultánea, se moviliza geográfica y psicológicamente, quiere ser moderna y fracasa, desea atenerse a lo tradicional y falla. En las siguientes notas, elegí algunos de los temas y los personajes de tan múltiple transformación.

I

LA CONTRACULTURA (I): LOS DESPLAZADOS POR SU GUSTO Y LOS JAMÁS INCLUIDOS

En su vigoroso surgimiento, la contracultura en Norteamérica se propone ser y representar la alternativa al *American Way of Life*, con su repertorio de vidas conformistas, *Malls*, centros suburbanos, la ideología de los juniors executives, chovinismo a escala mundial. Esta contracultura abarca el rock, la droga, el conocimiento apasionado de formas de la cultura oriental, el *Free Speech Movement*, la disidencia estudiantil, el cambio radical de apariencias. Su inevitable traslado a México afecta en 1965 o 1967 únicamente a grupos pequeños. Muchos oyen rock, y le profesan devoción a los Beatles y a los Rolling Stones, pero pocos extraen de esas audiciones infinitas conclusiones sobre la estupidez o el carácter ominoso de los destinos oficialmente promulgados por la Familia, la Sociedad, el Estado.

El 68 apresura la aclimatación de prácticas y actitudes contraculturales en México. Por razones políticas, sexuales y emotivas, sectores de jóvenes —universitarios de clase media por lo común— se oponen a lo que significan el gobierno y la moral tradicional. Por razones de internacionalización cultural se rechaza lo que se opone a la modernidad. En la primera etapa, la amalgama de diversos elementos define a esta contracultura:

—el rock, algo más que un género musical, el surtidor de sensaciones desconocidas, el acompañamiento de nuevos registros del cuerpo y de la vida onírica.

—la droga (mariguana, peyote, ácido, hongos), el culto al éxtasis inducido, el desafuero de los sentidos, el experimento que se requiere para alcanzar dimensiones mentales insospechadas.

—el esoterismo, la certeza de otras realidades que no captan las vías tradicionales (el cristianismo, el marxismo, el freudismo).

—la conciencia del cuerpo como unidad que incluye al "alma".

—la vida sexual, más amplia y frecuente, con menos conciencia de culpa, pero todavía regida por el machismo.

—el retorno a la naturaleza, la percepción inicial de la lucha ecológica.

—las comunas, el intento de disolver de algún modo la individualidad, el modo de vida autosuficiente.

En la etapa de auge (1969 a 1972 o 73), a la contracultura a la mexicana la distinguen tanto los jipitecas (la greña, el discurso de aspiración filosófica, el desdén ante lo establecido, como el cerco represivo ordenado por el gobierno, y bendecido por las Fuerzas Vivas. Los policías detienen y rapan a los de pelo largo, y asaltan a los jóvenes para hallarles o "plantarles

mariguana". Los padres de familia, los curas y los abogados en vías de jubilación, emiten sermones inacabables, y si sólo una minoría se afilia a los proyectos utópicos de la contracultura, grupos muy amplios se deciden a flexibilizar sus comportamientos.

En 1971, el gran acontecimiento es el festival de rock en Avándaro, que conjunta célebremente el rock y la mariguana, la abolición masiva de las prohibiciones en el lenguaje y la proliferación del desnudo (masculino y femenino), el rechazo del nacionalismo tradicional y la adopción de otro a partir de la edad (La Nación de Avándaro, el nacionalismo de menos de 30 años y el gusto por la música y los trances complementarios). A lo largo de tres días, los de clases populares ratifican lo que ya se veía inevitable: adoptan el ideal existente de *juventud*, se hacen "jóvenes" al estilo colonizado, desertan del nacionalismo, que ya no los convence, rechazan a la sociedad institucional, que los excluye, y se instalan en el espacio utópico (Sociedad o Nación) que conforman el rock, la droga, el atavío, el desprecio por el gobierno, la primera visión crítica de la Familia. El Himno a la Alegría a todo volumen en medio del Pasón gratificante.

En Avándaro se pierde gran parte del control clasista sobre el término *juventud*. Pero es imposible que dure la ilusión del Territorio Libre del Control Social. En poco tiempo, la falta de recursos, la desesperanza, los estilos de vida permanente de estos "nacos" se imponen por sobre cualquier imitación de lo burgués. Lo suyo es más vivo y violento, quieren ir a fondo, sacarle al rock ventajas psíquicas que sólo a ellos les correspondan. No han leído a Carlos Castaneda y Aldous Huxley, no han meditado sobre el chamanismo, no han examinado con detalle el *Ramayana* y *El libro tibetano de los muertos*, no han indagado con pasión científica en los múltiples niveles de significación de *Sargent Pepper's Lonely Hearts Club*, ni recitan la discografía de Elvis Presley desde Sun Records. Estos jóvenes, que el racismo llama "nacos", son muchos y quieren ser modernos a partir del rock, y quieren ser disidentes a partir de la droga. La violencia de la música los desarraiga de la tradición que los aplasta, y la mariguana los arraiga en ámbitos donde se les acepta. Es la Raza de Bronce, que vive en el hacinamiento, el trueno escolar, la sexualidad precoz y machista, el odio a la policía, el habla violenta como autobiografía colectiva.

Al apartarse los clasemedios de la contracultura, los nacos los relevan, y hacen una contracultura a su imagen y semejanza. No comparten el celo por las "puertas de la percepción", no le atribuyen mayor trascendencia a la droga (usan la mariguana con el júbilo exacto que le dedicarían al alcohol), no se escudriñan los mensajes del rock (no se sumergen hermenéuticamente en las letras de Bob Dylan o John Lennon o los Rolling Stones) no hacen metafísica a propósito del "lado oscuro de la luna". Eso sí, adaptan el sentido de su vida al mundo emocional que del rock se desprende, y al rock le flan la índole de su juventud.

Y mientras se "nacionaliza" la experiencia rockera, la primera generación de la contracultura se disuelve, continúa el asalto policiaco, hay constancia de los daños irreparables causados por las drogas, los jipitecas se casan y se "operan facialmente" en las peluquerías, retorna la búsqueda de la seguridad, las comunas se desintegran, los conciertos se prohíben y, lo central, la mística se evapora. La cultura juvenil tonifica a la sociedad de consumo, y los onderos retornan a la vida ordenada.

INSTANTÁNEAS

Televisa: The Impossible Dream

Aquí están las jóvenes de cualquier trío de moda, o las aspirantes a solistas. Son la vanguardia de la Alegría de la Edad, el Relajo Sano, la Audacia Verbal Permitida, el Desmadre que ya es una más de las Buenas Costumbres. Son veinteañeras, joviales, simpáticas a la manera de su clase social, dinámicas (sin esa palabra no se les reconocería), ágiles como

estudiantes de ballet o tenistas amateurs, poseedoras del levísimo acento multilingüe que delata la dificultad de saber en qué idioma se está hablando, tan maliciosas que exhiben su inocencia, tan inocentes que disfrutan su malicia.

Si las calumnio que me perdonen, pero yo me las imagino entrenándose para la vida o, aún mejor, para el show, en las tardeadas de Ciudad Satélite, en los concursos de simpatía del Club Rotario de Lomas de la Herradura. Son las Ghostbusters que expulsan fantasmas de roperos y conversaciones familiares, las *cheer-leaders* del equipo de fútbol de la Universidad Anáhuac, las almas-de-la-fiesta de su generación en la Universidad Iberoamericana, las coleccionistas de fotos de Indiana Jones y Tom Cruise, las comunicólogas en ciernes o en acto, las lectoras inconstantes de Abraham Moles y Umberto Eco, las devotas de Madona, Kim Bassinger, Kathleen Turner, Kelly MacGillis, Daryl Hanna, las fanáticas de la revista *Hola* y la aristocrática sencillez de Stephanie de Mónaco... Sobre todo, las represento concibiendo el mundo como un gigantesco, interminable video-clip. En el séptimo día, Jehová hizo un video-clip de promoción y el caos y el génesis bailaron al compás de buenas rolas, y desde entonces al video-clip se le encomienda ilustrarlo todo: canciones, vidas, episodios nacionales, destinos universales.

No creo demasiado injusto este perfil de la Chava Alivianada, que hace uso del reblandecimiento del patriarcado, y de los avances del feminismo. Desde los años setenta, la burguesía y la clase media alta han producido por miles y decenas de miles estas jóvenes (la especie de la Born Winner) entre los veinte y los treinta años, que consiguen empleo en los territorios del ornato y el despilfarro permitidos, y son publirrelacionistas como antes fueron edecanas, promotoras de la difusión cultural, reporteras o presentadoras de TV, secretarias agresivamente ejecutivas, arquitectas de interiores, encargadas de tiendas de antigüedades y galerías, modelos, impulsoras del buen gusto en oficinas de paredes blancas. Y ante esto, cualquiera de las cantantes juveniles es la imagen límite de su generación, el display relajiento, el modelo coreográfico, gestual y cromático.

¿Cuál es el ideal de la Chava Alivianada? Encarnar el día entero la Buena Vibra, andar por la calle o por el coctel arrojándole besos a los televidentes, divertirse a cómo dé lugar. Todo lo que vale la pena vivir está *muy grueso*, y lo que vale la pena imaginarse es *andar prendidísima*. Y es indispensable reírse siempre de lo que ella misma dice y de lo que intuye que le van a responder. Sin la risa constante no hay Aliviane. La risa es la comprensión y la incompreensión del mundo. *Ay si!*

INSTANTÁNEAS

Somewhere, Over The Rainbow...

Millones de niñas y niños, púberes, adolescentes, jóvenes y mujeres y hombres de edad madura, ya no ven hoy su culminación vital en las antiguas metas: el juego en la calle, el circuito amistoso, el ligue rápido y fácil, la magnífica formación profesional, el sitio ventajoso en la sociedad, el alto empleo gubernamental. No, ahora lo que se quiere es la condición de Astro de la Tele. *¡Ah, al día siguiente de que salga mi programa especial, todos los vecinos que no me hacían caso, tendrán que...* En 1959 o 1960 una comedia musical produjo estas líneas gloriosas:

Yo quiero ser cómico,
tener mucha mímica,
que cada periódico
me saque una crítica.

Esto ahora es más que insuficiente. ¿Cuántos leen periódicos y cuántos ven el menos

contemplable de los programas de la tele? Los niños forman grupos musicales en su primaria, los adolescentes invierten tardes y noches en ensayos que los depositarán algún día —tal vez ya ancianos— en el corazón del Estudio A de Televisa-Chapultepec, para los chavos cada reunión es oportunidad de hacerse de un público. ¡Cuidado! Este chavo no trae en el estuche una ametralladora para el inminente asalto bancario, sino la guitarra de donde manarán las canciones que él compuso en el trayecto de su pueblo al Distrito Federal, *Cave Canem!* Estas chavas que le piden aventón no quieren ultrajarlo, sino cantarle *a capella* su versión de "Adiós mi chaparrita" en onda pop. ¡Atención! El amigo que lo invitó a comer a su casa de Cuernavaca tiene tres hijos de doce a quince años que han formado un conjunto a lo Menudo.

Una trampa mortífera se añade a la vida social. Detrás de decenas de miles de jovencitas y jovencitos, hay ídolos en potencia que exigen atención, presentaciones en palenques o discoteques, presupuestos para su próximo video-clip. ¿Dónde están las nieves de antaño? ¿Qué se hicieron aquellos que sólo querían ser escritores, guerrilleros o Presidentes de la República? Se han ido, quizás para siempre, las ambiciones pequeñas y a escala.

"Un repertorio son las canciones que nos piden que, además, son las únicas que nos sabemos." *O tempora. O mores.* Los niños de las colonias pudientes abandonan el magno silencio de sus VRS y sus computadoras, y emprenden el viaje de la admiración. Ya son infantiles y pueriles de otro modo, conocen al detalle la vida libidinosa de las abejas, y han vivido frente y al lado de la tele con plena conciencia de su destino ideal: se desempeñan en la vida como si animaran un programa el día entero, sueltan frases chistosas destinadas a galvanizar el auditorio, *no se queden congeladotes, aplaudan*, transmiten su simpatía de costa a costa, liquidan de un golpe las distancias con sus hermanos mayores, se apoderan desde la infancia de recursos antes sólo privativos de la juventud.

La precocidad sexual es norma universal, y los precoces de hace veinte años hoy serían los lentos y sin que nadie se asuste, porque las consecuencias del adelanto son mínimas y, además, ¿qué quieren estas púberes, estas chavas? Ser reinas del universo, usar el cuarto como el perfecto escenario, maquillarse por horas para que se crea que apenas se maquillaron, ensayar meses y semanas poses y pasos. La TV dicta las convenciones sensuales, y el ritmo del desarrollo sacraliza a la juventud. De pronto, todos quieren ser jóvenes (los jóvenes incluidos), los adultos renuncian a la madurez, que ya no aguanta, y los niños a los placeres de descubrir poco a poco la realidad. Que todo sea de golpe, y alabemos ahora a la edad mítica y única de los doce a los veinticinco años, no más, ni un mes añadido.

Dile a la cámara que me trate como a su criatura exclusiva. La auténtica ideología del imperio Televisa no es la venta al mayoreo de las tesis de Occidente libre, ni el catecismo de la iniciativa privada que descubre a la empresaria culta tras la vendedora de pepitas. El mensaje verdadero de Televisa, la raíz de su influjo es Televisa misma, el juego hipnótico que atrae sin remedio prometiéndole al espectador que, si se esfuerza o si simplemente allí se queda, se incorporará fatalmente a la pantalla pequeña como extra o como estrella. En esencia, Televisa se desentiende del egoísmo individualista y el miedo a la pérdida de las propiedades (se tengan o no), y se dirige al sueño de cada televidente, ansioso de arribar al paisaje del realismo mágico: *"Y en aquel día frente al pelotón de cámaras, el comunicador Aureliano Buendía dijo: Muy buenas noches, señoras y señores. Bienvenidos a un programa más de la serie..."* Televisa es el secreto de Televisa, la promesa más significativa de nuestro tiempo: "Aguarda, tú tendrás cuatro minutos de close-ups en un programa de media hora, la cámara será tu nodriza o tu secretaria o la amiga a quien le confiarás el rostro, la exuberancia íntima, el talento vocal, la energía dancística, la simpatía siempre a raudales".

A Televisa se debe un sesgo notable en el Gran Proyecto Individual de su auditorio. Ahora, para millones de niños adolescentes, jóvenes, el sentido de la vida se desprende de la posesión eternizada del micrófono y de la sonrisa que llega directamente a todos los hogares. *Aún hay más.*

II

LA PROVINCIA: IGUAL E INFIEL

Todavía en los años sesenta, la Provincia sólo admite una definición: la zona de inmovilismo y aceptación tímida y torpe del Progreso. Es el atraso orgánico que realza por oposición al dinamismo capitalino, la vitrina de las virtudes tradicionales, la Patria suave, la mezcla de candor y violencia (la cursilería que enarbola un machete), el lugar de origen de las figuras prominentes que, por serlo, allí jamás retornan. Decir "es un provinciano", es indicar al nunca contemporáneo de los demás hombres, al anacrónico perpetuo. Se dice: "La provincia es la Patria", y la frase se traduce "la Provincia es el pasado, el refugio de los que no supieron largarse a tiempo o no la hicieron en la capital". El reparto de los "Bienes del Espíritu" se otorga en forma casi simbólica, y los jóvenes con posibilidades siguen yéndose a la capital, de donde retornan en incursiones simbólicas a recibir el poder, los premios, los homenajes. Las universidades regionales son instituciones de presupuesto ridículo, planes de estudio inconvincentes, profesorado en el mejor de los casos pintoresco. Y las ciudades pequeñas, medianas o grandes son espacios del analfabetismo funcional, de la autocomplacencia retórica, del control parroquial, del esfuerzo que no admite continuidad.

En veinte o veinticinco años, la situación es por entero distinta, gracias a diversos factores. Cito algunos:

La explosión demográfica (la aparición de la sociedad de masas) sigue una pauta muy similar en todo el país. La demasiada gente dificulta o impide el cultivo de las antiguas características regionales. Uniforma al país, suprime o arrincona a casi todos los lenguajes intermedios del localismo, destruye antiguos instrumentos de control social (¿a quién le afecta al grado del terror el "qué dirán" en ciudades de un millón de habitantes en adelante?), valúa de modo muy diferente los orgullos nativos, considera al empleo (en donde lo hay) como el verdadero arraigo, trastoca el papel de la familia, admite sin demasiada resistencia la feminización de la economía.

El Estado alienta el desarrollo, comunica a zonas tradicionalmente aisladas, reparte queriéndolo o no mínimos estímulos culturales, socializa informaciones básicas, le confiere a las ventajas tecnológicas el papel de punta de lanza de la modernidad, contradice en la práctica al nacionalismo que exalta verbalmente. *You can't go home again*. Y la liquidación o la metamorfosis incesante de tradiciones locales, regionales y nacionales, es el paisaje de fondo de la pretensión del *Taking off*. Y a las carreteras, las presas, el diluvio de automóviles, los implementos hogareños, etcétera, se agrega la televisión, que solidifica lo ya iniciado por el cine y la radio: la unificación nacional que promueve el repertorio mundial de imágenes y actitudes, y en lo nacional, la propuesta única de gustos y sentimentalismos populares, de sentido del humor, de mitificación del *American Way of Life*. Si toda tradición se inventa, la mexicana, amalgama de inventos de épocas e intereses distintos, exhibe ante la modernidad sus lados poderosos y sus numerosos flancos débiles.

Al derrumbarse el mito de la Provincia Única, el centralismo descubre lo anticuado de su percepción, que daba por eternas características ya en vías de desaparición. Así, las grandes ciudades, Monterrey y Guadalajara, se parecen cada vez más a la ciudad de México. (Y eso lo consiguen al imitar a Los Angeles.) Y la urbanización aclara cuánto de la "Idiosincrasia" corresponde al aislamiento cultural, a la sacralización de prejuicios (del machismo en adelante) y la creencia compensatoria en los "valores superiores" del nacionalismo y sus variantes locales. El proceso urbanizador, entre otras cosas, corroe "la psicología provinciana", afianza espacios de tolerancia, mínimos pero ya irrenunciables, contribuye al debilitamiento del control moral y psicológico del clero católico o de las "aristocracias locales". (Descrédito del grupo Monterrey, reducción al absurdo del mito del "abolengo

criollo" en Guadalajara.)

DE LAS DISTINTAS PROVINCIAS MEXICANAS

Pese a diferencias evidentes, en los estados fronterizos del norte las tendencias son más unificadas de lo que se admite. Para empezar, allí lo "típico mexicano" se desprende directamente de la industria cultural, y la *mexicanidad* (nunca muy claramente definida), es coraza defensiva, realidad sentimental, aspiración política y disfraz esporádico. Pero al nacionalismo lo determina, en alto grado, la certeza de la creciente integración económica con Estados Unidos. Y durante un tiempo, a la Frontera Norte se le sitúa como la "doble provincia" de México y de Estados Unidos, el lugar de paso físico y psicológico, la región que demuestra que la cercanía diaria con el centro de la modernidad puede dar por resultado una modernización parcial.

La otra frontera de la inmigración masiva: la cadena de ciudades que rodean al Distrito Federal. En Ciudad Neza, Ecatepec, Chalco, se acomodan como pueden los inmigrantes aún ligados a su cultura campesina, pero ya no habitantes psicológicos de la provincia, sino de algo muy distinto, sin orgullos locales ni arraigos emotivos, a medio camino entre lo plenamente urbano y lo rural que la tecnología transforma, y con reglas de fuego adquiridas en la lucha por la vivienda, drenaje, agua potable, calles asfaltadas, escuelas, transporte.

A diferencia de las ciudades del Valle de México, otras ciudades intermedias, de 800 mil o un millón de habitantes, retienen aún viejas características, mientras repiten puntualmente los errores de las urbes. En estas ciudades, de élites muy localizables, se guarda respeto formal a las tradiciones, se difunden sensaciones mitológicas y reales de identidad, y los modelos de la Conducta Apropiada siguen a cargo de la "Buena Sociedad", de terratenientes, profesionistas destacados, ex-políticos, industriales y comerciantes.

Sin embargo, en todas partes los cambios son considerables. Véase el fenómeno de las "lealtades partidarias". En 1988 se probó que el *control político o pasado militante* han dejado de ser factores omnímodos. ¿Qué pasa con regiones "tradicionalmente priístas, panistas o sinarquistas? Allí *lo tradicional* estaba a cargo de núcleos muy cerrados y combativos, o —en el caso del PRI— de clientelas dóciles y mínimamente satisfechas. Creció la población y la despolitización masiva y la repolitización afectaron considerablemente las lealtades. Las nuevas generaciones responden muy a medias o no responden a secas, a las filiaciones de sus padres o su comunidad. ¿Cuántos en León saben hoy en qué consistió el sinarquismo? ¿Quién vota por el PRI por razones de confianza en su programa? ¿Cuántos de los simpatizantes del PAN desconocen a fondo el proyecto panista y se limitan a emitir un "voto útil" contra el PRI?

En la provincia, el Sistema priísta (sojuzgamientos políticos, manipulación de la identidad nacional, abatimiento de la crítica a través del linchamiento moral y el monopolio de empleos, cacicazgos de toda índole), hace de la demagogia el instrumento de incomunicación, industrializa las mitologías heroicas, santifica las deficiencias, desea convertir el monopolio político en autoritarismo por consenso. Pero su eficacia persuasiva se agota, en la medida en que crece la información alternativa, y esto afecta también a la provincia "lopezvelardiana", propia de pueblos de 200 o 300 mil habitantes, en donde todos se conocen y cada uno ocupa su sitio en la sociedad (el gran homenaje a esta provincia: Pueblo en vilo, la excelente monografía de Luis González sobre San José de Gracia, la apoteosis de la Matria, que se opone a los cambios drásticos desde la pequeñez asumida, y da la impresión de inmovilidad porque se mantienen en lo básico las relaciones económicas tradicionales).

DE LO PREMODERNO COMO ANGUSTIA EXISTENCIAL

Las grandes corrientes migratorias de campesinos no se explican tan sólo por el fracaso de la Reforma Agraria, la devastación ecológica y la santa alianza de latifundistas, caciques y burócratas priístas. Interviene también, y poderosamente, la ausencia de estímulos culturales que conduce al tedio desesperado del alcoholismo, el agotamiento de muchas tradiciones y del sentido antes inapelable de las prohibiciones; el amor odio a la ciudad capital que despoja a las zonas rurales de todo (el dinero de los impuestos, el agua, la tierra misma, la posibilidad de elegir a sus dirigentes); el encandilamiento ante los medios electrónicos. Y los jóvenes campesinos comparten la certeza apremiante: si repiten la conducta de sus padres, y sus abuelos, malgastan la vida. La devoción por lo heredado (habla, costumbres, religión, amor por el terruño), se debilita en la medida en que es económica o culturalmente "incosteable". ¿Cómo apegarse a la tierra, cómo sostener la inmutabilidad de los ritos, cómo mantener a las mujeres en la marginalidad, si la influencia de la televisión dicta otros hábitos, si los inmigrantes que vuelven ya viven otro tiempo tecnológico, si la movilización laboral no lo permite?

Al ser cada vez más irreal o falsa la noción del "tiempo circular" del campo (que no sólo dependía del ritmo de la naturaleza y las cosechas, sino del aislamiento físico, de la escasez de carreteras y automóviles, de la mínima presencia de los medios electrónicos), se acrecienta en las zonas rurales la sensación de anacronismo, hace todavía treinta años inexistente como vivencia masiva. Hay abundancia de testimonios al respecto: los campesinos no se sentían anacrónicos, sino *diferentes*, y por eso no se inmutaban ante el cargo frecuente de los ciudadanos: los campesinos son "retrógrados". A la acusación se respondía desde el campo con andanadas morales contra los capitalinos: "pervertidos, enemigos de Dios, corrompidos por la civilización". Pero la modernización avasalla y lleva a los sectores rurales a la autodepreciación: "Pobres de nosotros, tan cerca de los orígenes, tan lejos del esplendor que vislumbramos en los comerciales. ¡Qué dolor! Muchas de las costumbres que amamos son causa de nuestro rezago".

Por un lado, la sensación de anacronismo; por otro la indefensión muy real del agro mexicano ante las catástrofes institucionales: la corrupción de los bancos de crédito, y de los líderes agrarios, los préstamos con intereses muy elevados, el monopolio latifundista de los sistemas de riego, la cadena incesante de asesinatos de campesinos (dirigentes) a cargo de policías municipales y bandas de latifundistas, y la manipulación política de los precios de garantía, etcétera. Y las catástrofes institucionales se intensifican en la provincia última, por así decirlo rulfiana, deshecha, ruinosa, afantasmada, de comunidades de menos de diez mil habitantes, con sólo niños, mujeres y ancianos.

Por eso, no obstante el desempleo, la falta de vivienda y la violencia urbana, las ciudades les resultan a millones de emigrados sitios más seguros que sus pueblos de Guerrero, Michoacán, Sinaloa, Puebla, Veracruz, Chiapas, Oaxaca, Zacatecas, Hidalgo o Morelos. No hay migraciones ilógicas, como lo ratifica esa "provincia móvil", *on the road*, en la carretera al amparo de los trailers, rumbo a la frontera o a las grandes urbes, apegada al poliéster y al radio de transistores, no muy renuente al narcotráfico o a la fayuca, convencida del nuevo sincretismo, en donde intervienen el spanglish y la Guadalupana, los retratos de los abuelos y las video-cassetteras, el habla campirana y la televisión, los signos de la modernidad y la feroz nostalgia por los sitios a donde jamás se desea volver. En los años de la revolución, las regiones aportaron los contingentes que al decidir la suerte militar ayudaron a la integración nacional; de allí surge ahora esta provincia móvil que reelabora literalmente sobre la marcha muchas tradiciones, desplaza o confirma formaciones sentimentales y se vuelca sobre Norteamérica. De los villistas en Columbus al ejército de indocumentados.

INSTANTÁNEAS

Pro-Vida: la resurrección de la intolerancia

A mediados de enero de 1988, un vocero ocasional de la ultraderecha, Íñigo Laviada, protesta en *Excélsior* por la exposición en el Museo de Arte Moderno de Rolando de la Rosa, un artista casi desconocido. De la Rosa, arguye Laviada, le ha faltado al respeto a los mexicanos en el *collage* donde le impone a la Virgen de Guadalupe el rostro de Marilyn Monroe, y el cuadro donde le adjudica a Cristo el rostro de Pedro Infante.

Dos semanas después, el sábado 30 de enero a mediodía, cerca de mil quinientas personas convocadas en sus parroquias y encabezadas por los dirigentes de los grupúsculos Unión Nacional Sinarquista y Pro-Vida (especializado en luchar contra la legalización del aborto, y en boicotear las campañas informativas sobre el sida, "porque son propaganda de la homosexualidad"), asaltan el Museo de Arte Moderno, y dicen tres misas por "las almas" de Rolando de la Rosa, del director del MAM Jorge Alberto Manrique, y del secretario de Educación Pública Miguel González Avelar. Acto seguido, pretenden quemar los cuadros, que se descuelgan para evitar la furia inquisitorial.

El escándalo y sus hogueras portátiles. De la Rosa asegura repetidamente que la intención de sus montajes no fue "sacrílega". El es católico, no quiso afrentar a símbolo alguno y se limitó a plantearse una hipótesis: por la desnacionalización que sufre México, ¿desembocaremos en la mistificación de los símbolos supremos, y llegaremos a "agringar" el rostro de la Morenita del Tepeyac, el mito filmico desplazará a la Virgen, las botas texanas invadirán el suelo patrio, el balón de futbol remplazará al símbolo religioso y el único rostro conferible a Cristo será el de Pedro Infante?

Nadie atiende el alegato de De la Rosa (que incluso necesita presentarse en la televisión de espaldas, por miedo a las más que probables represalias físicas). Y al ser tan escuálida y retórica la defensa gubernamental de la libertad de expresión, le toca a grupos de la sociedad (artistas e intelectuales) organizar la resistencia. Los jefes católicos y sus ayudantes laicos desean obtener el máximo provecho del escándalo y algunos creen posible reinstalar la teocracia ("Si el país es católico, argumentan, el gobierno debe ser católico"). Engallados, los de Pro-Vida quieren clausurar a la fuerza la exposición de Gustavo Monroy en el Auditorio Nacional, donde la imagen del Cristo crucificado ostenta reiteradamente los rasgos faciales del artista (afirma casi conmovedoramente un dirigente de Pro-Vida: "Ese rostro no se parece al del Señor"). La Galería del Auditorio se cierra, y una semana más tarde, en Puebla, se clausura a la fuerza una exposición que incluye dos versiones heterodoxas de la Guadalupeana. Se persigue con saña a las dos jóvenes "culpables" de los cuadros (a una se le expulsa de Puebla), y el gobernador Mariano Piña Olaya cesa al director de la galería. Y, con el propósito de calmar las iras clericales, el presidente De la Madrid ordena el cese de Jorge Alberto Manrique en el MAM.

Pro-Vida y su vocero, Jorge Serrano Limón, descubren otro sujeto de linchamiento: el grupo teatral que dirige Jesusa Rodríguez, que presenta *El concilio del amor*, obra de principios de siglo de Oskar Panizza sobre la llegada de la sífilis al mundo. Hay amenazas directas contra Jesusa y los actores. Y la campaña va *in crescendo* con el llamado a la gran "concentración de desagravio" el 28 de febrero en el Zócalo, y con actos "en defensa de la fe amenazada" en cinco o seis ciudades.

La propaganda es abundante, menudean los sermones de apoyo, se anuncia el millón de asistentes al desagravio... pero en el Zócalo hay sólo cerca de cincuenta mil personas, en su mayoría mujeres de grupos parroquiales. La "Guerra Santa" se disuelve entre la indiferencia de los más. La sociedad urbana no promueve ni la falta de respeto a los símbolos consagrados, ni la vuelta al pasado cristero. En la ciudad de México fracasa la resurrección de la

intolerancia.

III

CULTURA OFICIAL

"No se les olvide darle las gracias al señor licenciado"

Todavía en el sexenio de Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), el INBA concentraba lo que para el gobierno son respuestas a *todas las* demandas culturales concebibles. Allí hay literatura, música, artes plásticas, teatro y ballet. No se concibe un público mayor de cien o doscientas mil personas en todo el país, representadas en aquellos interesados en la enseñanza artística, la ópera, el teatro mexicano de "proyección universal", la cultura europea, la música sinfónica.

Ante la cultura, una política selectiva: ser indiferentes y encomiásticos, patrocinar algo y hurtar la nómina. ¿Qué político en 1942 o en 1962, piensa en la minoría muy localizable que asiste a los conciertos y quiere estar al día, pese a la pobreza de la industria editorial y a las escasas importaciones de libros, no obstante la reducidísima oferta de museos y galerías? Antes de 1960, los culturati, casi todos capitalinos, se conforman con dos festivales al año, la exposición culminante, las dos o tres series de conferencias, las ediciones mínimas. El secretario de Educación José Vasconcelos imaginó la distribución del pensamiento clásico en los hogares, y el sueño se reduce por lo común al estante donde quepan algún libro de historia nacional o de historia sagrada, los *Diálogos* de Platón, *Fausto* de Goethe, *La divina comedia*, las obras de Shakespeare y, en graciosa concepción nativa, *El periquillo sarniento* y *Santa*. Ya acudirá el pueblo a las letras, se afirma, y quienes propagan el rumor son los primeros en creerlo, mientras organizan la ejecución — ¡íntegra!— de las nueve sinfonías de Beethoven.

La explosión de las clases medias modifica el panorama. Si la cultura está in en todas partes, démosle más cabida presupuestal, utilicémosla para decorar. Desde 1970 el gobierno, por complacer a un público creciente e incluso por la convicción de funcionarios, amplía la cultura, por lo menos en la intención burocrática. Ya a fines del régimen de López Portillo, la infraestructura cultural muy posiblemente es la más extensa de América Latina. Pero los problemas son enormes:

—la expansión de la burocracia por lo común inepta, que en las instituciones grandes consume en salarios entre el 80% y el 90% del presupuesto destinado a la cultura.

— el uso demagógico de los recursos, para impresionar a los jefes, a los rivales y a los periódicos.

—la falta de continuidad por las razones del cambio sexenal.

— los gastos enormes en proyectos sin sentido o meramente decorativos como el Festival Cervantino en el sexenio de Portillo.

Y sobre todo

—la ausencia de un proyecto para las mayorías, a las que, históricamente, no se les considera susceptibles de gusto artístico o formación literaria e intelectual en cualquier nivel.

Un medio anti-intelectual, receloso de la moral de los artistas, sin hábitos democráticos, concibe al arte como el espacio de resguardo para quienes, por inhabilidad constitutiva, no logran incorporarse a "lo real". La izquierda durante medio siglo combate al "elitismo", pero el "elitismo" resulta con frecuencia la defensa de principios básicos, de la creación y la práctica cultural posibles. Como prueban los casos de Alfonso Reyes, Julio Torri, los Contemporáneos, Agustín Lazo y Rufino Tamayo, a los espacios de creación libre les debemos mucho del desarrollo cultural.

Mensaje del gobierno a los pobres o la escritura en la pared: si no lees a los clásicos, si no te apasionan los *fauves* y los expresionistas, si no estás al día, es porque así lo quieres, porque tu destino es la *indiferencia natural* ante las obras del espíritu. Otra vez, las víctimas son los culpables. Pero la realidad es distinta. Muchos de los pobres quieren adquirir otros gustos y se esfuerzan al respecto. Con tal de contrarrestar la monotonía, la circularidad de sus vidas, leen lo que pueden, se aficianan al arte en sus términos y desearían entretenerse y pensar de otra manera.

Si hay oportunidades de consumo cultural pero las rodean la inercia, el encarecimiento del proceso informativo, la tradición de timidez o desconcierto, las sensaciones inducidas de inferioridad. Luego del esfuerzo inicial, pocos persisten en la lectura, y muy pocos logran mudar sus gustos. En ciudades medianas y en pueblos, las mayorías tienen en contra la cerrazón social, la falta de posibilidades adquisitivas e informativas. ¿Cómo reaccionar debidamente ante la pintura clásica o contemporánea? ¿Cómo acercarse al ballet y la ópera? ¿Cómo integrar, con o sin jerarquizaciones, la música culta, el rock, el bolero, la música oriental o la africana? ¿Cómo entrar sin inhibiciones a una librería? ¿Cómo enterarse de qué revistas leer, qué obras de teatro y películas ver? Si no se va al teatro es porque no se ha ido antes, y en materia artística la tradición es la apatía como reacción de la ignorancia. Si no me informo, ¿cómo puedo estar motivado?

Sin embargo, en las grandes ciudades, las ofertas de la industria cultural crean paulatinamente un mercado de clases medias. También, el auge de la enseñanza media y superior transforma la relación de la sociedad con el arte y las humanidades, si se quiere de modo superficial pero muy significativo, a través de los cambios culturales que, poco a poco, en los casos de estudiantes de clases populares, reorientan prácticas hogareñas. Los libros se van instalando en las casas, ya se discuten temas antes impensables o prohibidos, los niños asisten a museos, el Museo de Antropología promueve la revaluación del arte prehispánico. Y para el caso no importa que muchos estudiantes no concluyan sus carreras: de cualquier manera, y frente al panorama de generaciones anteriores, es más amplia o menos estrecha su comprensión de los fenómenos culturales.

La campaña y las elecciones del 88 me convencieron, entre otras cosas, del obstáculo inmenso que para la democracia representa la ausencia de estímulos culturales, distintos a las tradiciones de los medios electrónicos. En buena medida, la despolitización se funda en la negativa a incluir la cultura entre los derechos básicos de la población. Se consigna en las leyes y en los discursos, pero de allí no pasa. A la provincia y al subdesarrollo los define la falta de mantenimiento cultural. Sin bibliotecas de buen nivel y librerías que en rigor lo sean, con la peor oferta concebible de cine y video, con la venta de libros reducida al mínimo, sin hábito de museos y con la imposibilidad de renovar exhibiciones en casi todas partes, sin presupuestos para teatro y danza, sin acceso a diarios y revistas de calidad mínima, sujetos a dosis brutales de lo "espectacular televisivo", inmersos en el analfabetismo funcional, millones de mexicanos unifican la falta de cultura con la ausencia de derechos cívicos.

En paisajes tan estériles, la conciencia democrática ordena la resistencia a la desigualdad y al autoritarismo, pero aún no impulsa el desarrollo creativo de individuos y colectividades.

INSTANTÁNEAS

El PRI, la Universidad del futuro

En el sexenio de Miguel de la Madrid se va aclarando lo que en los primeros siete meses de gobierno de Salinas de Gortari se vuelve ley no escrita: para muchos intelectuales jóvenes (y no tanto), el PRI es un campo de acción semejante al académico, casi idéntico en todo, con el

tiempo completo y el alumnado que no procede por salones de clase sino por concentraciones en plazas y auditorios. A los políticos profesionales se les desplaza, ya no entienden el mundo, se quedaron en ese prefacio de la humanidad que es la mera licenciatura, siguen apostándole todo a la saliva y el pulque, son tan pre-modernos como sus habilidades específicas: el acarreo, el manifiesto de adhesión, el lenguaje que ni empieza ni termina. ¿Se los imaginan ustedes discutiendo la deuda externa con los banqueros? ¿Habrán oído alguna vez los Nomás Licenciados de los *equity-swaps*? ¿Cuáles serán sus conocimientos de fenomenología y epistemología? En materia de lecturas, se quedaron si acaso en Hemingway, y en materia de cine siguen apantallándose solos con Steven Spielberg y Fellini. ¡Qué ser tan autodidacta el Nomás Licenciado!

El PRI: el nuevo campo académico, el sector interdisciplinario que convoca a economistas, filósofos, sociólogos, historiadores, comunicólogos, médicos, psicólogos sociales, ecólogos, arquitectos, ingenieros. (Incluso, en su generosidad curricular, el PRI acepta de nuevo a los abogados.) Y recién llegados del posgrado, olorosos a campus de la Ivy League, todavía sin amueblar el departamento, con las maletas cerradas, los doctores (los PH.D.) acuden a Insurgentes Norte. Los que alguna vez, en etapas sin Karma prestigioso egresaron del Colegio de México, de la UNAM, de la Universidad Iberoamericana, de la Universidad Anáhuac, se apersonan en el único centro abierto de contratación académica. Si alguna vez la escuela de cuadros del PRI fue el Partido Comunista (Guillermo Martínez Domínguez dixit), ahora los centros formativos exigen pasaporte, becas generosas y disciplina: Princeton, Harvard, Columbia University, Stanford, Berkeley. Y se aceptan graduados y posgraduados de Milwaukee y El Paso, con tal de que no lo pregonen.

El viaje de la modernización: de la clase política a la clase académica que condesciende a la política. Y al difundirse la noticia de la abundancia de oportunidades poscurriculares, los jóvenes doctores (PH.D) ya no piensan en dar clases, ni en explotar hasta el infinito su tema monopólico ("La insólita concentración del ingreso en las clases altas, Veracruz 1870-1929), sino en producir discursos (que otros leen), ponencias (que nadie escucha), conferencias magistrales (que explotan el tema de la tesis doctoral), refutaciones airadas a los críticos del PRI (que recojan a sus competidores). Y los discursos sobre epistemología política acaban en la condena a los pinches cardenistas que no han leído las tesis sobre paciencia histórica de los funcionalistas norteamericanos, y deben escribir para mañana unas notas.

No como el Centro de Investigaciones pero sí hay trabajo. Urgen para mañana unas notas sobre "Durango en la historia de la conciencia histórica de México", y hay que organizar la discusión sobre "Tránsito pacífico a la democracia en 1910", y originar explicaciones convincentes de cómo la derrota de Baja California Norte fortaleció al PRI porque el mundo entero le agradeció al Presidente su altura de miras. "Les permitió ganar al admitir que habían triunfado. ¡Loor! ¡Mira que regalarle a la oposición todo un estado!"

En el camino, los jóvenes intelectuales advierten su error inicial. Algo les molestaba y no lograban definirlo. Ahora ya lo saben. ¡Claro! ¡*But of course!* Su problema era verse como intelectuales a la antigüita, en vez de intelectuales *up-to-date*, los hastiados de las tenebrosidades y brumas del cubículo, y del tema de tesis explotado hasta la saciedad en congresos donde nadie escucha y todos se promueven. Un intelectual de hoy es un hombre de acción, que acumula conocimientos durante una década con tal de gobernar —en algún nivel— las dos siguientes. Y para los jóvenes el PRI (mientras no se puede entrar al gobierno) es lo que la UNAM debía ser: el almacigo, el depósito de Presidentes de la República y Secretarios de Estado, el campo de entrenamiento. Se acepta que el intelectual posmoderno es quien canjea la política académica por la academia política, y los jóvenes sabios del PRI (asesores, directores de consejo, hacedores de discursos, ponenciadores, expertos) lo precisan lúcidamente: el problema verdadero de México no es renegociar triunfalmente la deuda externa hasta el fin de los tiempos, ni la inútil existencia de la oposición, ni la

sobreabundancia de nacos, sino algo realmente mágico: cada seis años sólo hay un Presidente. ¿Cómo es posible esa mezquindad, un solo Presidente si cada año terminan el posgrado cientos de jóvenes intelectuales dignos del cargo, y si en un país del Tercer Mundo, un puesto inferior a Presidente, es un nombramiento devaluado? Y los intelectuales del PRI, mientras traducen mentalmente su ponencia al inglés, concluyen: mientras no se masifique la Presidencia de la República, el país seguirá en crisis. O muchedumbres elitistas en la cumbre, o la plebe insolente en las calles.

NACIONALISMO Y AMERICANIZACIÓN: "¡VIVA MÉXICO, MOTHERFUCKERS!"

El crecimiento capitalista a costa de lo que sea. Desde el inicio del sexenio de Manuel Ávila Camacho, es evidente que las clases gobernantes (entonces sinónimo forzado del país) dan por concluida la revolución, en tanto hecho político, militar y cultural, y sólo le reservan lugar —un tanto impreciso— al término Revolución Mexicana, ya seudónimo de estabilidad rígida, lo que empieza al disolverse el impulso radical.

De modo implícito y explícito, el nacionalismo se transforma. Se quiere desaparecer el nacionalismo cardenista, de reivindicaciones primordiales y multitudes en la calle, y se le concede al Estado el monopolio de un nacionalismo con cierto poder de movilización y que, si bien todavía corresponde a creencias genuinas, es cada vez más abstracto y retórico. Y el nacionalismo "septembrino" es música de fondo de los devastadores profesionales del país. En lo decorativo, la clase gobernante es, de Ávila Camacho a Salinas de Gortari, nacionalista, y hay sectores que en condiciones crecientemente adversas, defienden los principios del nacionalismo revolucionario, pero el conjunto procede de acuerdo al capitalismo salvaje. A lo largo de medio siglo políticos y empresarios (casi lo mismo, nunca lo opuesto), se dedican con furia bélica al ecocidio y —si el término valiera— al presupuestocidio. Se agotan muchísimos recursos no renovables, se envenenan los ríos, se talan los bosques, se despoja a las comunidades de sus tierras, se destruyen especies, se extrema la contaminación, se auspician de mil maneras los vastos hacinamientos urbanos. En resumen: se suprimen derechos, se roba y se empobrece a la nación a nombre del nacionalismo.

El Estado se adueña —propietario único— del discurso nacionalista, la historia oficial es homenaje a las técnicas de los museos de cera, y se considera inconcebible ("subversivo") un nacionalismo fuera de los marcos gubernamentales. Y del nacionalismo popular se hacen cargo el cine, la radio, la industria del disco, el teatro frívolo y, a partir de los años cincuenta, la televisión. Es un nacionalismo sentimental, la Mexicanidad como nostalgia y arraigo familiar, la forja de un idioma común, la oportunidad de elegir emociones y predilecciones ante la falta de alternativas. En este proceso, le toca a la industria ser el espacio o la incitación de lo que será, asimilada y discernida, la cultura popular. Al gobierno le toca patrocinar la Historia Patria y el culto a los símbolos; es asunto de la industria atender regularmente a los contenidos emotivos de la Mexicanidad, ya no un deber cívico sino el estado de ánimo que suple, se quiera o no, al deber cívico.

Mientras la Mexicanidad se define, de modo cotidiano, en la XEW ("La voz de la América Latina desde México"), los estudios Churubusco y América, el Teatro Margo y el Teatro Lírico, y la RCA Víctor de México, ocurre otro proceso paralelo y complementario. Si desde fines del siglo XIX, es Norteamérica la utopía secreta y pública de muchos mexicanos (de clases medias y clases altas), ya en los cuarenta se generaliza la observación y la imitación del *American Way of Life*, y se estudian con avidez las conquistas industriales, los métodos del desarrollo capitalista y los vuelcos de la moral social en Norteamérica.

El ritual imperturbable a cualquier conducta "liberal" o "liberalizada" en Norteamérica (del trato de hijos y padres a la ropa femenina, del estilo del reportaje a las escenas admisibles en

pantalla), la rodea primero la alarma enfurecida, luego la burla, en seguida la imitación servil y finalmente la asimilación que puede ser incluso muy creativa. Y la resistencia a "la americanización" resulta débil porque la seducción no es, en principio, ideológica sino tecnológica: ¿cómo decirle que no al confort? Y quien acepta la tecnología termina pactando con la ideología que ve en la moral a una variable de la comodidad. La acción se repite: los grupos tradicionales rechazan cualquier innovación (libertad de opción sexual en las mujeres, uso de anticonceptivos, trato más igualitario en la familia y en la escuela, desnudos frontales en cine y teatro, uso público del lenguaje "obsceno", ajustes en la ropa a la noción de libertades corporales, etcétera); las autoridades dudan o le tienen miedo a los poderes de la tradición, y por un tiempo se consiguen prohibiciones y vetos. (En esto, teatro y cine tienen el carácter de laboratorios del cambio social.) Luego ya sin problemas, la innovación se generaliza y a nadie se le ocurre protestar. A esto se añaden fenómenos motivados por la pobreza de las mayorías, por ejemplo, la unión libre, práctica de decenas de miles de parejas, sin dinero para los gastos cuantiosos, en términos relativos o absolutos, del matrimonio civil y eclesiástico.

Además de las razones políticas y económicas, el ascenso irresistible de la "americanización", que abarca a la burguesía y a las clases populares, se basa en un casi dogma de la psicología social y la industria: si el sentido de lo *contemporáneo* se decide en Estados Unidos, un latinoamericano que se pregunta "¿Qué tan contemporáneo soy?", en rigor está diciendo "¿Qué tan cerca o qué tan lejos estoy del modelo norteamericano?" Así de colonizado y así de inevitable. Y en el caso de México, esto se acrecienta con la frontera de tres mil kilómetros con Estados Unidos, las migraciones rituales de trabajadores a Texas y California (especialmente), la vasta dependencia económica. Antes, si quería orientar su relación con la modernidad, la gente de provincia miraba a la ciudad de México; ahora, la atención se deposita en Estados Unidos y, más precisamente, en la ciudad de Los Ángeles.

A diario, y sea o no consciente tal actitud, el anacronismo se define como alejamiento de los modelos norteamericanos. Otras sociedades pueden ser más libres o menos represivas (las escandinavas, digamos), pero, según la mayoría de los latinoamericanos, los avances en el comportamiento se determinan en Estados Unidos, y de allí que la moda pregone a su manera los vuelcos ideológicos (la minifalda se impone, por ejemplo, cuando el criterio del orgullo corporal se impone sobre el miedo a la provocación), las formas más desenfadas de relación familiar, el sello de "eficacia" o "ineficacia" que decide el porvenir de las tradiciones (del uso de las lenguas indígenas al adulterio), el incremento de espacios de libertad para los niños, los adolescentes y las mujeres, la mínima tolerancia hacia las conductas antes inmencionables.

Al principio, la americanización es propia de la burguesía y la vanguardia de las clases medias; luego, al extenderse, se origina un debate, presentado como "batalla por la preservación de la Identidad Nacional", y en verdad, sólo un forcejeo por el dominio de las claves de la moral social. Al exacerbarse en México el "voyeurismo cultural", se quiere ser "tan liberal como los gringos", o se busca oponerse muy estruendosamente a "las costumbres disolutas". Y, casi por excepción, en este caso, las ideas dominantes de la época son las de la clase dominante: la americanización, razonan los burgueses, es la única estrategia conocida que nos permite incorporarnos a lo que sucede y vale la pena. El mundo gira en torno de un gran estilo de vida, y Nueva York y Houston y Dallas y Los Ángeles bien valen la certidumbre de que las hijas abandonan al mismo tiempo pubertad y virginidad, de que la infidelidad matrimonial ya no es unilateral, de que uno de los hijos puede no ser el gemelo psíquico de John Wayne o Pedro Armendáriz, de que la permisividad sexual ha llegado al hogar.

A la americanización la diseminan dos fenómenos que, cuando aún tenía caso hacerlo, los sectores tradicionalistas debieron calificar de "caballo de Troya": los medios electrónicos y las corrientes migratorias. La sociedad tradicional se dispuso a resistir la profanación

ideológica (el protestantismo, el ateísmo, el marxismo), pero no previó la contaminación del cine y la televisión, y de muy poco le sirvieron los acuerdos secretos y públicos con los gobiernos, la repetición en América Latina del Código Hays en Hollywood, gracias a las Ligas de la Decencia, gracias a los curas que en las funciones parroquiales cubrían con su mano el proyector, ahorrándole a los catecúmenos el paisaje maléfico de los besos y abrazos. El negocio venció a los prejuicios, el éxito de cada película "inmoral" decidió el fracaso de los intentos por domesticar cristianamente al público y los tradicionalistas se quedaron sólo con los gestos: la fidelidad al melodrama, la devoción verbal que negaba el regodeo de la cámara ante las formas irresistibles de rumberas y prostitutas, la burla constante a beatas y persignados en las comedias fílmicas.

Y no hay antídoto para las necesidades de libertad del público que alabó en cada escena los movimientos de la sensualidad, los ademanes "descarados", el despliegue de arquetipos del "mal gozoso" y de los escenarios de seducción perfecta. Por tres o cuatro décadas, el cine nacional e internacional es ariete insustituible, que exhibe las conductas que se masificarán, cubre con velo de epítetos laudatorios las costumbres que desaparecen, y reitera que la censura sólo fortalece lo que combate (Así, por ejemplo, no se ha advertido un incremento de la religiosidad, al imponerle el clero al gobierno de Salinas de Gortari la prohibición de *Yo te saludo María* de Godard, y *La última tentación de Cristo* de Scorsese).

La televisión amplía la "hazaña liberacionista" del cine. Si el cine es vanguardia de la permisividad, la televisión opera según el principio exterminador: lo moderno exige que lo tradicional se convierta en "lo folklórico", lo pintoresco. No hay espacio para ambas instancias en la pantalla chica. Y la poderosísima censura no advierte la obviedad: lo permitido en la TV, por el solo hecho de serlo, se vuelve hogareño, "santifica" las nuevas formas de relación, las situaciones melodramáticas diferentes que mal ocultan el elogio de la heterodoxia, los estilos de vida que requieren de otro clima moral, los semidesnudos, las alusiones ya francas al sexo en una época donde los niños dominan con opulencia el lenguaje del sobreentendido.

Esto, sobre todo, afecta a lo más cerrado, la vida provinciana, que en veinte años se adapta como puede a la americanización, cediendo siempre. Desde la televisión se impone la cultura internacional, y se alaba lo que implique —en diversos grados— rupturas con los horizontes de la tradición religiosa y laica de México. Y como la censura oficial y eclesiástica, guiada por el culto a las palabras, supone a la TV enmudecida en lo esencial (nada de política, nada de humor sexual, nada de "malas costumbres"), no advierte que el flujo de imágenes, provoca a diario el desgaste de lo tradicional. Y las videocassetteras y las antenas parabólicas, al eliminar las aduanas de censura, aumentan los espacios sobre lo que no hay control posible.

Mientras, el nacionalismo cambia con frecuencia, sin que oficialmente haya alteraciones en el discurso. Una ruptura importante se produce en los años sesenta, cuando dos términos compiten: subdesarrollo y modernidad. Quienes están por la modernidad, le atribuyen al nacionalismo la forja y el mantenimiento de "la psicología de la desventaja", que nos "aisla del mundo". Se considera agotado el nacionalismo cultural cuyo esplendor, marcado por la obra de los muralistas, se da entre 1920 y 1950. Este nacionalismo, en su etapa de gran fuerza, crea la gran mitología todavía exigente, y produce un invento que de muchos modos se vuelve realidad, la fantasía que es un hecho psicológico: *lo mexicano*, la singularidad establecida por el matrimonio de las raíces y los publicistas.

En los sesenta hay ansiedad por destruirlo que José Luis Cuevas llamó "la Cortina de Nopal", y es lugar común decirle a México "Kafkahuamilpa". El nacionalismo, según los sectores intelectuales: chovinismo, demagogia, show business. Y del nacionalismo popular (casi todo el que queda) se encargan —afinando un proceso que se inicia en la década del treinta— el cine, la radio, la industria disquera, el teatro frívolo. *Ser mexicano* es asunto progresivamente desligado de la política y el compromiso social, y resulta las más de las

veces un convenio sentimental, el ajuste con la realidad que permanece al margen de la modernización. Se es *mexicano* a lo largo del tiempo libre; en lo demás se es empleado o desempleado, sin gentilicio posible.

El nacionalismo que persiste con más adeptos es ruidoso, beligerante, cursi, áspero, apretujado, sentimental de a madres. Es el nacionalismo del fútbol, de la música popular, de las evocaciones regionales, del antiimperialismo de sobremesa o de madrugada, de las reflexiones vacías sobre el carácter de los mexicanos, de los reflejos condicionados de un patriotismo no muy claro en su registro histórico. Y sin embargo, como se demostró en 1988, el nacionalismo tiene profundas vertientes políticas, y millones de personas se oponen a su desaparición porque es la parte central del espíritu de resistencia popular, que sobrevive al uso comercial y a la degradación Kitsch.

INSTANTÁNEAS

El habla violenta del nacionalismo: historia de un apañón

Hay un chingo de agandalle de la policía. La onda es que hay anarquía en la ciudad, un chingo de delincuencia, pero con ese pretexto la policía te agandalla para quitarte lana: llegan, te apañan, te dan unas vueltas y te sacan lana, lo que traes y si no, a la delegación y ahí la multa es de 10 0 20 mil pesos por lo menos, y si no, te quedas unas horas hasta el otro día. Cuando es el apañón te madrean y en la paseadita te madrean, ya llegando a la delegación, ya no, se calman, aunque hay quienes todavía allí te madrean.

El 15 de septiembre, temprano, como a las doce o como las once y media, cotorreábamos con una gabacha tomando una chelita y con una grabadora oyendo rock. Llega la tira, nos hizo un iris y nosotros ni en cuenta. Empezábamos a cantar y que se para la patrulla y nos dice "a ver quién es el más machín", y nadie dijo nada. Que se baja de la patrulla el policía con el "cohete" en la mano y nos tira un plomazo. Y fuimos a decirle que cuál era el pedo, que nada más cotorreábamos y que una chelita y nada más. Le dijimos que queríamos estar tranquilos en libertad y nos dijo que una cosa es noche libre y otra libertinaje. Y los güeyes esos sacaron cohete como queriendo disparar y de un putazo mandaron al suelo a un valedor. Lo que hicimos fue rodear la patrulla y lo que hicieron ellos fue pedir más refuerzos. Nosotros nos fuimos, pero ellos ya llevaban como a cuatro chavos en la patrulla bien friqueados (creo que porque los iban chingando). A nosotros ya no nos hicieron nada porque no nos dejamos. Pero mandaron por más patrullas y siguieron chingando por ahí. Fíjate todavía no daban el grito, y ya nos habían chingado y nos tuvimos que clavar.

Hay un dispositivo de seguridad que comienza el viernes y termina el domingo y si agarran a un chavo... Mira, esos cabrones andan desde las 7 pm y se van a las 8 pm y de las 8:30 no se aparecen sino hasta las once, once y media. Luego al que agarran se lo llevan. O sea, en la colonia sí hay mucho ambiente pero no hay un agandalle. Pero ahora con lo de Cárdenas hay más pedo, y no sé pero ahora, traigas identificación o no de todos modos te cargan. La justificación es que no puedes estar en la calle cotorreando, que no puedes estar en bolita y que si estás en la calle sólo estás esperando robar. Y no les importa que compruebes que trabajas y estudias, lo que quieren es sacarte una lana. A veces te meten droga para chingarte o extorsionarte más fácil y con esa presión te atemorizan.

INSTANTÁNEAS

"Le ponemos Keith al niño"

—Pues resulta que una amiga andaba jode y jode con que fuéramos compadres, y que yo bautizara a su chavita. Y le dije: "Bueno, órale". Y luego hice cita con un cura, y pasé por la niña. Y me pregunta el vato: "¿Y cómo se va a llamar?". Saqué el papelito que me dio la mamá, y le digo: "Danna Jocelyn". El vato se sacó de onda: "¿Cómo que Danna Jocelyn? ¿Qué nombre es esto? Ustedes no tienen respeto alguno por su país, no aman sus tradiciones, me niego a ponerle a la niña ese nombrecito".

Que me encabrono y le explico: "Mire, ese nombre va porque a su mamá se le pega su pinche gana, y quién carajos nos pidió permiso para ponernos Pedro y Roberto y Hernán. No, curita (así le digo siempre), aliviánesse y no se meta en bisnes ajenos. Y él todavía me dice: "No, hijo, el Señor no puede aprobar que le faltes al respeto a su tradición". Y ya muy enchilado, le respondo: "En primer lugar no soy su hijo, aunque usted debe tener varios, y en segundo, y con todo respeto, fíjese en su aspecto. ¿Usted cree que sus antepasados indígenas no hubiesen protestado si saben que a usted le pusieron Baltasar en lugar de Axayácatl? Aliviánesse y bautice a esta niña como Danna Jocelyn". Y así se hizo.

LA CONTRACULTURA (II): "SOMOS UN CHINGO Y SEREMOS MÁS

Es tan vigorosa la primera etapa de la contracultura mexicana que le facilita el camino a lo que viene, a las rupturas con mayor desarrollo teórico, el feminismo, el movimiento ecológico, los grupos de liberación homosexual, los nuevos ácratas (habría que discutir si es contracultural la teología de la liberación). La novedad inicial es el feminismo, que surge casi sin previo aviso, en 1970 o 1971, y sorprende al machismo ancestral. He aquí que las mujeres toman la palabra, revisan críticamente la literatura y la historia, hacen mítines a las puertas de los concursos de belleza, luchan por la legalización del aborto, y suelen usar en la proclamación de su credo un lenguaje libérrimo. Al principio las feministas son mujeres de clase media o de la burguesía que viajan a Estados Unidos y Europa y se entusiasman con el nuevo movimiento, y las posibilidades que ofrece de hacerse de una identidad femenina, que se construya libremente. Sus detractores califican al feminismo de "reacción colonizada", y de afán de protagonismo.

El feminismo en dos décadas: pleitos y divisiones por razones personalistas, éxitos, fracasos, insurgencias cívicas abruptas. Pese a los pronósticos de quienes lo consideran "moda de burgueses", el movimiento persiste, se implanta en la vida académica y en el periodismo, destruye certidumbres del sexismo y, ya perspectiva esencial del México del fin de siglo, influye más de lo que se admite en la derecha, le pone sitio al machismo de la izquierda ortodoxa, tiene repercusiones importantísimas en las colonias populares, obliga al gobierno a rendirle tributos verbales y a tomar acciones concretas (el caso de la violación), y, sobre todo, de modo diverso pero inequívoco, implanta en millones de mujeres la conciencia de sus derechos. Si es todavía insuficiente la aportación teórica y la capacidad organizativa de las feministas en México, sus planteamientos fundamentales influyen en la opinión pública y en la sociedad civil, y en gran parte al feminismo se le deben la caída del prestigio interno del machismo, la creciente igualdad jurídica de la mujer, los avances salariales y jurídicos en casi todos los ámbitos de la vida laboral, la conversión de la lucha contra los violadores en causa gubernamental, el avance de la narrativa y la poesía escrita por mujeres, la abierta discusión de los significados de la "condición femenina", de la esclavitud doméstica, y del orgasmo vaginal, la desaparición de la separación opresiva entre "lenguaje masculino" y "lenguaje femenino", la visión más humanizada de las prostitutas, la reconsideración crítica de la pornografía (con todo y el exceso de pedir censura).

Los avances del feminismo son desiguales y combinados, pero muy importantes, en la

medida que mejoran las condiciones de vida (en distintos niveles) de millones de mujeres. En la lucha por la legalización del aborto, por ejemplo, pese a la influencia evidente de la Iglesia católica sobre sectores del gobierno, al disminuir la opresión social, se atenúan también o desaparecen las sensaciones de pena, vergüenza, humillación y dolor asociadas generalmente al aborto. Esto, no obstante lo que consigue la Iglesia, representada públicamente por grupúsculos como Pro-Vida: la persecución, tortura y detención de médicos, enfermeras y mujeres que abortan en clínicas clandestinas (como sucedió en el estado de México a principios de 1989), y la negativa rotunda al cambio jurídico.

Si el feminismo no es el único factor en los cambios positivos en la moral sexual, sí determina en gran medida nuevas actitudes en decenas de miles de mujeres que, al abortar, no se consideran "víctimas del pecado" o "desechos humanos", sino seres que eligen responsablemente. ¿A quién convencen los obispos que fustigan a las mujeres por creerse "dueñas de su propio cuerpo"? ¿Y a quiénes, por ejemplo, se dirige el arzobispo de Guadalajara Juan Jesús Posadas Ocampo, que les pide a las mujeres que "no caigan en el engaño del feminismo que, en lugar de liberarlas las masculiniza y las vuelve agresivas ante el hombre"? (*La Jornada*, 19 de diciembre de 1988). Sólo a núcleos muy fanatizados. Lo digan o no, las que abortan, al reivindicar el derecho al cuerpo propio, le confieren a su acto lo que es válido llamar "dimensión política", de resistencia al autoritarismo familiar o gubernamental o eclesiástico, de insubordinación ante destinos trazados e impuestos desde afuera.

A los avances se oponen los yugos tradicionales. En muy diversos sectores, ni los machos dejan de serlo por vergüenza cultural, ni las mujeres se consideran habilitadas para el libre uso de su cuerpo (y, desde luego, no sólo en lo relativo al aborto). Durante medio siglo, la izquierda aceptó a regañadientes y juzgó con encono al feminismo por "pequeño-burgués", y por "restarle fuerzas a la lucha contra el enemigo principal". El mensaje era otro: aplacemos las luchas parciales y esperemos juntos el advenimiento de la liberación integral. Ahora, como se probó, las teorías feministas facilitan la incorporación (en distintos niveles y órdenes de comprensión) de millones de mujeres al proceso democratizador.

Los ecologistas son en principio unos cuantos, pero el movimiento crece en todo el país gracias a la diaria comprobación de la catástrofe: núcleos de contaminación, inversión térmica, destrucción de especies, arrasamiento de bosques, polución salvaje en ríos y lagos, etcétera. Y la resistencia a la planta nuclear de Laguna Verde, en Veracruz, informa de un movimiento vasto, y de una conciencia de la defensa ecológica, a la que ya se incorporan los niños.

Como tema y problema del conocimiento social y la tolerancia, los homosexuales aparecen públicamente en 1978. *The Shock of Recognition*: ver desfilar en la calle a los "pervertidos", oír el Gay Power, asistir a mesas redondas y conferencias donde yenes que no responden al estereotipo del afeminado defienden abiertamente la validez de su opción sexual, enterarse de que una institución de la mojigatería familiar como Televisa le dedica una serie de *Contrapunto* al tema del lesbianismo (en 1980), saber de la existencia de revistas como *Nuestro Cuerpo*, *Opus Gay* y *Macho Tips*, comprobar la expresión libre y "obscena" de la otra sexualidad en novelas, poemas, obras de teatro, cuentos, ballets, películas (de la novela *El vampiro de la colonia Roma*, de Luis Zapata a la película *Doña Herlinda y su hijo* de Jaime Humberto Hermosillo). Los homosexuales son la prueba de fuego de la tolerancia (el reconocimiento del derecho ajeno, la certeza de la inutilidad de oponerse al derecho ajeno), y la rápida demostración de que en verdad, una mentalidad distinta y ecuménica madura en el país.

Al lado de estas formas contraculturales, y con frecuencia conociéndolas apenas, otro sector, muy vasto, se desenvuelve, centrado en el rock, los "paraísos artificiales" de la pobreza, el habla que reproduce o exorciza la violencia de las calles y de la búsqueda de empleo, las tocadas como estallidos tribales. Y en la década de los ochenta, esta contracultura

genera un arquetipo (estereotipo) ubicuo, amenazante, pasto de sociólogos y psicólogos: el chavo banda, producto evidente del crecimiento urbano y de la destrucción del horizonte de oportunidades: "Todo surge en la periferia del DF, cabrón, y allí fue cuando vimos lo que era esta pinche mierda del Sistema, y nos juntamos cinco o diez o veinte, para estar en contra de todo lo que no estuviera a nuestro favor. ¿Te das cuenta, cabrón? Todos somos de abajo, cabrón".

En el origen está Avándaro (la mística, la utopía), y luego vienen los hoyos fonquis, las tocadas en barrios y pueblos, el rock terrenal y nacional que encarna a la perfección un grupo como Three Souls in My Mind que canta en inglés al principio (como todos los conjuntos de una época), y se fastidia, o se convence de la inutilidad de ese monolingüismo, y opta por el habla de los nacos, gozosamente sexualizada, anárquica, enemiga de la autoridad y la castidad. Si hay un ideólogo en la génesis de los chavos-banda ése es Alejandro Lora, el cantante y letrista del Tri. Y en el proceso intervienen el cine (o la observación marginal del cine) y los video-clips. Recuérdense *Blade Runner*, *The Warriors*, *Mad Max II*, o cualquiera de los films del apocalipsis mugroso de las tribus postholocausto nuclear a la busca de líquidos preciosos (el agua, la gasolina), del renacimiento en la barbarie, justificado por la estética de la desolación en cementerios de automóviles y ruinas que fueron rascacielos.

INSTANTÁNEAS

"Nosotros no hacemos protesta. Nosotros somos la protesta"

(Habla un joven de un colectivo punk. Leyenda en su camiseta: "Odiamos la música. Queremos ruido")

—Para pensar punk se necesita que seas joven y estés jodido. ¿O a poco hay burgueses punk? En México al principio, algunos mamones con dinero querían ser punk, y se ponían alfilerotes y sangraban un poquito en las tocadas, pero nomás aguantaron la onda unos meses. Los chingaron las burlas, o pensaron que ya estaban pasados de moda, o sepa el carajo. Un burgués no puede ser punk porque tiene qué perder, y él es parte del Sistema que apesta, de la juventud apendejada por Televisa y todas las madres. Acá el punk es pobre, porque es a nivel de masa proletaria, es una alternativa a través de la música. Para nosotros la música lo es todo, cabrón, ésa sí es nuestra casa. La droga, no, la droga es más ocasional, ni siquiera puedes consumir mucha mariguana porque es muy cara, y el cemento te jode el cerebro. Y nosotros podemos estar hasta la madre, pero positivamente. No nomás drogarte por estar chido. En cuanto a la bebida, no somos sacerdotes para inculcarle a nadie que deje la chela.

Nos dicen que imitamos. Sabemos lo que pasa en otras partes, que no es lo mismo, sabemos lo del Johnny Rotten y los Sex-Pistols en Inglaterra, y de cómo se dieron cuenta que la pinche sociedad puede asimilar la música, y el aspecto de los chavos, pero hasta cierto punto, nomás hasta cierto punto. Se acostumbran al pelo largo bien peinado, pero nunca admitirán las cabelleras de colores o las puntas erizadas.

Yo soy punk desde hace diez años. Empezamos a los doce, a los trece años, y somos la primera generación punk. ¿Que cómo nos fuimos juntando? De modo natural, todos tuvimos pedos con la familia cuando cambiamos de imagen y de ideas. Lo de las ideas no les importaba tanto, porque discutían nomás por discutir. Nos acusan de colonizados, cabrón, pero si el primer peinado punk lo trajo el emperador Cuauhtémoc, el del águila que se dio el madrazo. La vestimenta es nuestra, los cuerpos son de México (Mechico es la pronunciación correcta). ¿Qué más es nuestro? El estilo de bailar que viene de la misma Danza de la Muerte de nuestros antepasados, los peinados muy acá, las mentadas de madre que sí duelen cuando

las decimos nosotros. ¿De dónde sacan que imitamos a los gringos? Si nos gustan los grupos de rock, y ellos iniciaron este desmadre, pero sabemos dónde vivimos. Aquí, para empezar, no te permiten muchas cosas que allá sí, porque aquí ser joven sin dinero es un delito. No te puedes poner la bandera como los gabachos, ni pensarlo. Ni siquiera el Calendario Azteca, porque te dicen que te burlas de la cultura mexicana. Por eso nos zafamos, y nos sentimos anarquistas. Nosotros no hacemos protesta. Nosotros somos la protesta. Y nos vestimos así porque no podemos protestar de otra manera. Si somos guerrilleros, nos matan. ¿Y por qué, pensamos, no podemos crear una forma de rebeldía nuestra, de acuerdo a nuestro físico?

En un banco, cabrón, hasta seríamos los mejores empleados, pero no nos aceptan. Y nosotros no mendigamos. A mí no me molesta que se me queden viendo, me molesta que crean que me molesto por eso. Y eso me pregunto: ¿por qué no nos aceptan? No somos los *trashers*, pero el ser rocanrolero es universal. Ora que nos la jugamos por el aspecto, los jeans rotos, las botas, los tenis, las bolsas indias. Si te vistes así, te agarran a diario, y si te encuentran un toque, de volada papas. Y si no te lo encuentran, te lo ponen.